

Obediente el primer rango entre los faranitas, y abrazó la fé con tanto ardor y piedad, que se le dió el título de amante de Jesucristo.

Moises vivió setenta y tres años en la soladad, y no cabe duda que fué del número de los asesinados: pues no se dice, como de José, que muriese ántes de la llegada de los blennienses.

Tuvo un discípulo llamado Psoes, que, habiendo vivido cuarenta y seis años bajo su dirección, practicó con la mayor exactitud todo cuanto le prescribió, y le imitó tan perfectamente, que fué una imágen y viva representación de la vida de su maestro. Era natural de la Tebaida. El solitario que refirió todo esto á Ammonio, le confesó que, habiendo querido vivir con él, se vió obligado á separarse, porque una vida tan austera era superior á sus fuerzas.

La muerte de los santos solitarios de Sina y de Raitha no impidió que se poblasen de nuevo estos desiertos, y que diesen grandes hombres á la Iglesia.

SAN MOISÉS, PRIMER OBISPO DE LOS SARRACENOS ¹

Hemos visto en el capítulo anterior, que Obediente, jefe de los Sarracenos, abrazó la fé de Jesucristo; pero lo que más contribuyó á extender el cristianismo en esta comarca fué la piedad de la reina Maria. Pretenden algunos que era romana y cristiana, y que, habiendo caído prisionera de guerra, casó con ella el rey de los

¹ Rufino, Teodoreto, Zozomeno y los Bolandistas.

Sarracenos. Su marido era aliado del imperio, y cuando murió, pretendieron los romanos subyugar aquel territorio.

Pero fueron vanos sus intentos: pues Maria sostuvo la guerra con tanto vigor como ventaja, viéndose los romanos obligados á pedirle la paz. La reina consintió en ella, pero á condición de que se le diese al solitario Moisés por obispo de su nación. Este santo varón era de origen sarraceno, y moraba en un desierto inmediato, entre Egipto y la Palestina, en que le habian hecho muy célebre sus prodigios y sus virtudes.

Los romanos se creyeron muy ventajosos con obtener la paz á precio de semejante condición ¹, así es que Valente ², á quién lo participaron sus generales, dió orden para que Moisés fuese llevado con el decoro correspondiente á Alejandria, como la ciudad más inmediata, para que en ella recibiese la ordenación episcopal. Era obispo de ella Lucas ³, ariano furioso, que habia usurpado esta silla despues de la muerte de san Atanasio, y que, como hemos dicho en otro lugar, cometia las mayores crueldades con los católicos.

Cuando Moisés le vió presentarse para practicar la ceremonia ⁴, le dijo en presencia de los generales y de una inmensa concurrencia. « Deteneos, Lucas, y no me ordenéis obispo. Reconozco que esta sublime dignidad es superior á mis fuerzas, y que no la merezco. Sin embargo, si es orden de la Providencia que yo, no obstante mi indignidad, sea elevado á ella, tomo por testigo al Dios de cielos y tierra, que jamás permitiré, que impongais sobre mí

¹ Ruf. *hist.* lib. VIII, cap. 6.

² Aquí se trata de Valente (Flavio), que ocupó el imperio desde 364 hasta 378, y que se hizo bautizar por Eudoxio, jefe de los arianos.

³ Teodulo, lib. IV, cap. 22.

⁴ Zozom. *ibid.*

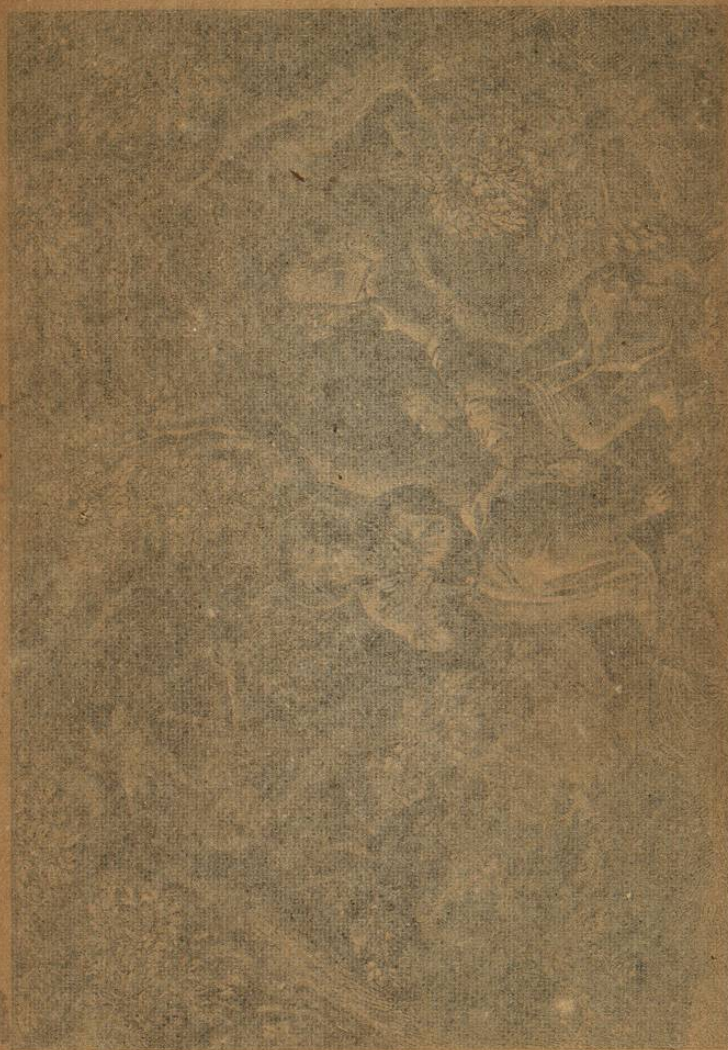
vuestras manos teñidas y manchadas con la sangre de los Santos. » Lúcas que no podía esperar tan duro apóstrofe, lo sintió tanto más vivamente, cuanto que se le dirigia en publico, y lo tenia muy bién merecido. Así es que, lleno de terrible emoción, le contestó : « Me haceis grande injuria atribuyéndome maldades que están muy lejos de mí, y sin saber cual es mi creencia. Si os han informado mal, estoy dispuesto á hacer protestación pública de mi fé, á la cual debeis ateneros, más bién que á las calumnias que se me hayan imputado. »

Yo sé, contestó Moisés, yo sé cual es vuestra fé : me es muy conocida por los obispos, sacerdotes y diáconos que habeis enviado al destierro, y condenado á las minas. ¿ Pensais que puedan estar ocultas vuestras vejaciones ? ¿ encontrais en ellas los caracteres de Jesucristo y de los que hacen profesión de fé ortodoxa ? »

El detestable Lúcas le oyó con despecho, y le hubiera quitado la vida, si hubiese podido dejarse llevar de los transportes de su ira ; pero tuvo, con toda la vergüenza á que se habia hecho acreedor, que consentir, por razones de Estado, y porque no se encendiese de nuevo la guerra con los sarracenos, en que Moisés fuese llevado á los obispos desterrados por él, para que le consagrasen.

Despues que Moisés fué consagrado por los obispos confesores de la fé de Jesucristo, se consagró enteramente al cuidado de los Sarracenos que el Señor le habia confiado. Pocos cristianos encontró entre ellos ; pero convirtió á muchos con sus instrucciones y milagros. Conservó la pureza de la fé, y mantuvo su nación en paz con los romanos.

En cuanto á la reina Maria, permaneció siempre en buenas relaciones con ellos, y aún envió auxilios á Valente contra los godos, de los cuales se sirvió con mucha ventaja, principalmente en el cerco de Constantinopla.



Senon discípulo de San Silvano.

Para consolidar esta unión con los romanos, dió á su hija en matrimonio al general Victor, cuya pureza de fé celebran con gran encomio Teodoreto y Nicéforo. Tales fueron los frutos de la elección de san Moises, es decir, la conversión de gran número de sarracenos y la paz con el imperio. No se sabe cuanto tiempo vivió, ni en donde fijó su silla episcopal.

Hacen notar los Bolandistas, que debió haber existido una historia de la conversión de los sarracenos, de su guerra con los romanos y de la vida de san Moisés, de la cual tomaron sus relatos Sócrates, Teodoreto, Zozomeno y Rufino: pues así lo dá á entender la uniformidad de sus narraciones. El nombre de este Santo fué siempre célebre, como hacen notar estos historiadores. Es preciso hacer constar que no es el mismo que el Moisés del desierto de Raitha, que convirtió á Obediente, y del cual hemos hablado en el capítulo anterior. La Iglesia hace memoria de san Moisés en el Martirologio, dia 7 de febrero.

EL BIENAVENTURADO SILVANO, ZENON Y OTROS DISCIPULOS SUYOS ¹

Después de las crueldades ejercidas por los bárbaros en el desierto, creeríase que ningún solitario se atrevería á habitarlo de nuevo. Pero no sucedió así: san Nilo, san Téodulo, san Juan Clímaco y otros muchos heredaron el espíritu de los que habían derramado su sangre por la fé de Jesucristo, ó mejor dicho, continuaron participando con

¹ Vit. PP. Zozomeno, Cotelier y Tillemont.